

TERRY
GOODKIND

La ESPADA de la VERDAD

LA BRUJA DEL
VIEJO MUNDO



minotauro

TERRY GOODKIND
La ESPADA de la VERDAD

10

LA BRUJA DEL
VIEJO MUNDO

minotauro

La Espada de la Verdad nº 10/17 La bruja del Viejo Mundo

Phantom (Sword of Truth) by Terry Goodkind © 2006 published in agreement with the author, c/o BAROR INTERNATIONAL, INC., Armonk, New York, USA.

Publicación de Editorial Planeta, SA. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.

Copyright © 2025 Editorial Planeta, SA, sobre la presente edición.

Reservados todos los derechos.

Traducción: © Gemma Gallart
Diseño de cubierta: Coverkitchen
Revisado por: El Taller del Llibre

Mapa: Terry Goodkind

ISBN: 978-84-450-1744-9

Depósito legal: B. 11.910-2023

Printed in EU / Impreso en UE.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



Inscríbete en nuestra newsletter en: www.edicionesminotauro.com

Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro

Twitter: @minotaurolibros



Kahlan permanecía de pie sin hacer ruido en las sombras, observando, mientras el mal llamaba con suavidad a la puerta. Acurrucada bajo el saliente, un poco aparte, esperó que nadie respondiera a aquella llamada. Por mucho que deseara pasar la noche a cubierto, fuera de la lluvia, no deseaba que personas inocentes tuvieran problemas. De todos modos, sabía que no tenía voz ni voto en la cuestión.

La luz de un único farol titilaba débilmente a través de las finas ventanas a cada lado de la puerta, reflejando un pálido resplandor brillante en el suelo húmedo del pórtico. El letrero situado sobre sus cabezas, colgado de dos aros de hierro, emitía chirridos y quejidos cada vez que se balanceaba de un lado a otro. Kahlan pudo distinguir la blanca figura espectral de un caballo pintada en el oscuro letrero mojado. La luz procedente de las ventanas no era suficiente para permitirle leer el nombre, pero, debido a que las tres mujeres que iban con ella apenas habían hablado de otra cosa durante días, Kahlan sabía que el nombre sería la Hostería del Caballo Blanco.

Por el olor a estiércol y heno mojado, juzgó que uno de los edificios oscuros que había cerca tenía que ser un establo. Gracias a los destellos de los relámpagos distantes, podía vislumbrar brevemente los voluminosos salientes de las oscuras construcciones que se alzaban igual que espectros más allá de las arremolinadas cortinas de lluvia. A pesar del constante rugir del diluvio y el retumbar del trueno, parecía que el pueblo estaba profundamente dormido. A Kahlan no se le ocurría un lugar mejor en el que estar en una noche tan oscura y espantosa que bien abrigada bajo cobertores, a salvo, y caliente.

Un caballo en el cercano establo relinchó cuando la hermana Ulicia llamó por segunda vez, más fuerte, con más insistencia, a todas luces con

la intención de hacerse oír por encima de la lluvia, pero no tan fuerte como para sonar hostil. La hermana Ulicia, una mujer propensa a dejarse llevar por impulsos temerarios, parecía estar optando por una actitud deliberadamente comedida. Kahlan no sabía la razón, pero imaginó que tenía que ver con el motivo por el que estaban allí; también podría no deberse a otra cosa que a la naturaleza aleatoria de sus estados de ánimo. Igual que el relámpago, el latente mal genio de la mujer era no tan sólo peligroso sino imprevisible. Kahlan no podía decir nunca con exactitud cuándo iba a emprenderla contra alguien la hermana Ulicia, y el que no lo hubiera hecho hasta el momento no era indicio de que no fuese a hacerlo. Ninguna de las otras dos Hermanas estaba de mejor humor o menos predispuesta a perder los estribos. Kahlan supuso que muy pronto las tres estarían celebrando su reunión feliz y tranquilamente.

Un relámpago centelleó lo bastante cerca como para que la cegadora pero vacilante incandescencia mostrara brevemente toda una calle de edificios amontonados alrededor de la calzada enfangada y llena de surcos. El trueno retumbó por la montañosa campiña e hizo temblar el suelo bajo sus pies.

Kahlan deseó que hubiese algo que pudiese ayudarle a iluminar los recuerdos ocultos de su pasado y sacar a la luz lo que escondía el tenebroso misterio de quién era ella del mismo modo que los relámpagos iluminaban lo oculto en la oscuridad. Ansiaba con ferocidad verse libre de las Hermanas, tenía un deseo ardiente de vivir su propia vida... de saber cuál era su vida en realidad. Eso sí lo sabía. Sabía, también, que sus convicciones tenían que estar basadas en experiencias. Tenía claro que debía de haber algo allí —personas y acontecimientos— que habían contribuido a convertirla en la mujer que era, pero por mucho que intentara recordarlos, le eran inaccesibles.

Aquel día terrible en que robó las cajas para las Hermanas, se había prometido que algún día descubriría la verdad de quién era, y sería libre.

Cuando la hermana Ulicia llamó una tercera vez, una voz apagada surgió del interior.

—¡Ya os oí! —Era la voz de un hombre, y sus pies desnudos bajaron ruidosamente una escalera de madera—. ¡Enseguida estoy ahí! ¡Un momento, por favor!

La irritación por haber sido despertado en mitad de la noche quedaba recubierta por la deferencia forzada hacia unos clientes potenciales.

La hermana Ulicia dedicó una mirada hosca a Kahlan.

—Ya sabes que tenemos cosas que hacer aquí. —Alzó un dedo amonestador ante el rostro de la joven—. Ni se te ocurra causarnos el menor problema, o recibirás lo que recibiste la última vez.

Kahlan tragó saliva ante el recordatorio.

—Sí, hermana Ulicia.

—Será mejor que Tovi nos haya conseguido una habitación —se quejó la hermana Cecilia—. No estoy de humor para que me digan que el lugar está lleno.

—Habrá habitación —dijo la hermana Armina con tranquilizadora convicción, cortando por lo sano la costumbre que tenía la hermana Cecilia de ponerse siempre en lo peor.

La hermana Armina no era mayor, como la hermana Cecilia, sino casi tan joven y atractiva como la hermana Ulicia. Para Kahlan, no obstante, la belleza de aquellas mujeres era insignificante a la luz de su naturaleza interior. Para Kahlan eran víboras.

—De un modo u otro —añadió la hermana Ulicia por lo bajo mientras dirigía una mirada fulminante a la puerta—, habrá habitación.

Un relámpago surcó las turbulentas nubes, liberando un trueno ensordecedor.

La puerta se entreabrió ligeramente, y el rostro en sombras de un hombre atisbó fuera para mirarlas mientras pugnaba por abotonarse los pantalones por debajo de la camisa de dormir. Moviò la cabeza un poco a cada lado para evaluar a las desconocidas y, juzgando que no eran peligrosas, abrió del todo la puerta y con un amplio ademán las hizo pasar al interior.

—Entrad —dijo—. Todas.

—¿Quién es? —preguntó una mujer mientras bajaba la escalera, situada al fondo. Llevaba un farol en una mano y sujetaba en alto el dobladillo del camisón con la otra para no tropezar con él mientras descendía apresuradamente los peldaños.

—Cuatro mujeres viajando en mitad de una noche lluviosa —le dijo el hombre, con un tono áspero que indicaba lo que pensaba al respecto.

Kahlan se quedó petrificada en mitad del paso. Él había dicho «cuatro mujeres».

Ella había visto a las cuatro y había recordado tal cosa el tiempo suficiente para decirlo. Hasta donde ella podía recordar, algo así no había sucedido nunca antes. Nadie excepto sus amas, las cuatro Hermanas —las tres que la acompañaban y aquella con la que habían venido a encontrarse—, recordaba nunca haberla visto.

La hermana Cecilia empujó a Kahlan por delante de ella, al parecer sin captar la relevancia del comentario.

—Vaya, por el amor del cielo —dijo la mujer a la vez que se apresuraba entre dos mesas de madera y chasqueaba la lengua en señal de desagrado por el tiempo—. Haz que entren y se pongan a cubierto, Orlan.

Serpentinas de gruesas gotas de lluvia las persiguieron al otro lado de la puerta, humedeciendo un trozo de suelo de pino. La boca del hombre se crispó con desagrado mientras empujaba la puerta para cerrarla ante una ráfaga de lluvia. Luego volvió a dejar caer la pesada barra de hierro en los soportes para atrancar la puerta.

La mujer, con el pelo recogido en un moño flojo, alzó su farol para ver a las huéspedes que llegaban a horas tan tardías. Desconcertada, entornó los ojos mientras pasaba la mirada sobre las empapadas visitantes. Abrió la boca, pero luego pareció olvidar lo que había estado a punto de decir.

Kahlan había visto aquel semblante inexpresivo un millar de veces y sabía que la mujer sólo recordaba haber visto a tres visitantes. Nadie podía recordar a Kahlan, pues era igual que si fuese invisible. Kahlan pensó que, quizá debido a la oscuridad y la lluvia, el hombre, Orlan, simplemente había cometido un error cuando había dicho a su esposa que había cuatro personas.

—Entrad y secaos —dijo la mujer mientras sonreía con calidez, y tiró del brazo de la hermana Ulicia—. Bienvenidas a la Hostería del Caballo Blanco.

Las otras dos Hermanas, inspeccionando descaradamente la hostería, se quitaron las capas y las sacudieron antes de arrojarlas sobre un banco situado ante una de las dos mesas. Kahlan reparó en que había una única entrada, oscura, al fondo, junto a la escalera. Una chimenea de piedras planas ocupaba la mayor parte de la pared de la derecha. El aire en la habitación débilmente iluminada era cálido y transportaba el apetecible aroma de un estofado que había en el puchero de hierro colgado de un aguilón retirado, a un lado del hogar. Carbones encendidos refulgían debajo de una gruesa capa de cenizas.

—Las tres estáis hechas una sopa. Debéis de sentirlos fatal. —La mujer se volvió hacia el hombre y le hizo un gesto—. Orlan, aviva el fuego.

Kahlan vio a una jovencita de unos once o doce años deslizarse escaleras abajo, justo la distancia suficiente para poder ver. El largo camisón blanco con puños de volantes tenía un poni bordado en burdo hilo marrón en la parte delantera, con una hilera de hebras sueltas de hilo oscuro formando las crines y la cola. La niña se sentó en los peldaños para observar, cubriéndose las huesudas rodillas con el camisón. Su sonrisa mostró unos dientes grandes a los que todavía no acompañaba el tamaño de su cuerpo. La llegada de desconocidos en plena noche aparentemente era una aventura en la Hostería del Caballo Blanco, y Kahlan deseó fervientemente que ésa fuese toda la aventura que tuviese lugar.

Orlan, un hombretón, se arrodilló ante el hogar y cogió unos cuantos leños. Sus gruesos dedos cortos hacían que las maderas casi parecieran ramas.

—¿Qué os ha hecho viajar, señoras, bajo la lluvia... de noche? —preguntó a la vez que les lanzaba una mirada.

—Tenemos prisa por alcanzar a una amiga nuestra —respondió la hermana Ulicia, ofreciendo una sonrisa vacía a la vez que mantenía el tono formal—. Tenía que reunirse con nosotras aquí. Se llama Tovi. Estará esperándonos.

El hombre posó una mano sobre la rodilla para alzarse.

—Los huéspedes que se alojan con nosotros... en especial en tiempos tan revueltos... son de lo más discreto. La mayoría no da nombres. —Enarcó una ceja en dirección a la hermana Ulicia—. De un modo muy parecido a vosotras, señoras..., que no habéis dado nombres, quiero decir.

—Orlan, son huéspedes —reprendió la mujer—. Mojadas, y sin duda, están cansadas y hambrientas —Les dedicó una sonrisa—. La gente me llama Emmy. Mi esposo, Orlan, y yo llevamos El Caballo Blanco desde que fallecieron mis padres, hace años. —Emmy cogió tres escudillas de madera de un estante—. Debéis de estar hambrientas, señoras. Dejad que os sirva un poco de estofado. Orlan, coge unas tazas y tráeles un poco de té a estas damas.

Orlan alzó una mano rolliza al pasar, indicando las escudillas que su esposa sujetaba con un brazo.

—Te falta una.

Ella lo miró arrugando la frente.

—No, tengo tres escudillas.

Orlan sacó cuatro tazones altos del estante superior de la alacena.

—Exacto. Tal y como dije, te falta una.

Kahlan apenas podía respirar. Algo no iba nada bien. Las hermanas Cecilia y Armina se habían quedado petrificadas, con los ojos como platos fijos en el hombre. La relevancia de la charla entre la pareja no les había pasado por alto.

Kahlan echó una ojeada al hueco de la escalera y vio a la niña de los escalones inclinándose hacia ellos, sujetando con fuerza la barandilla y mirando con atención, en un intento de comprender de qué hablaban sus padres.

La hermana Armina agarró la manga de la hermana Ulicia.

—Ulicia —dijo en un susurro apremiante—, él ve...

La hermana Ulicia la hizo callar, arrugando la frente en una siniestra mirada iracunda a la vez que dirigía su atención de vuelta al hombre.

—Estás equivocado —dijo—. Sólo somos tres.

Al mismo tiempo que hablaba dio un golpecito a Kahlan con la vara de roble que llevaba, empujándola más atrás, hacia las sombras situadas detrás, como si éstas fuesen a hacer que Kahlan resultase invisible para el hombre.

Kahlan no quería estar en las sombras. Quería permanecer bajo la luz... y ser vista. Algo así siempre había parecido un sueño imposible, pero de improviso se había convertido en algo real. Y eso había trastornado a las tres Hermanas.

Orlan miró a la hermana Ulicia con el ceño fruncido. Sujetando las cuatro tazas en una mano rolliza, usó la otra para señalar a cada visitante.

—Uno, dos, tres... —se inclinó a un lado, mirando alrededor de la hermana Ulicia, para indicar a Kahlan— cuatro. ¿Todas queréis té?

Kahlan pestañeó asombrada. Sentía el corazón en un puño. Él la veía... y la recordaba.



No puede ser —musitó la hermana Cecilia mientras se retorció las manos y se inclinaba hacia la hermana Ulicia, moviendo los ojos rápidamente en todas direcciones—. Es imposible.

Su familiar sonrisa, constante pero falsa, no aparecía por ninguna parte.

—Algo ha salido mal... —La voz de la hermana Armina se apagó cuando sus ojos azul cielo echaron una mirada a la hermana Ulicia.

—No es nada más que una anomalía —refunfuñó la hermana Ulicia por lo bajo a la vez que asestaba una mirada peligrosa a las dos.

Ninguna de las dos mostró indicios de querer discutir con su tempestuosa jefa.

En tres firmes zancadas, la hermana Ulicia recorrió la distancia que la separaba de Orlan y lo agarró por el cuello de la camisa de dormir. Con la otra mano agitó en el aire la vara de roble en dirección a Kahlan, de pie en las sombras que había al fondo, cerca de la puerta.

—¿Qué aspecto tiene?

—El de un gato remojado —respondió él de malhumor, evidentemente disgustado porque lo tuvieran cogido por el cuello de la camisa.

Kahlan sabía sin la menor duda que utilizar tal tono de voz con la hermana Ulicia era un error, pero la Hermana, en lugar de tener un estallido de cólera, pareció sentirse igual de asombrada que Kahlan.

—Eso ya lo sé, pero ¿qué aspecto tiene? Dime lo que ves.

Orlan se puso derecho y sacó de un tirón el cuello de la camisa de la mano de la mujer. Tensó las facciones mientras evaluaba a la desconocida que sólo él y las Hermanas veían de pie bajo la débil luz.

—Pelo espeso. Ojos verdes. Una mujer muy atractiva. Tendría mucho mejor aspecto si estuviese seca, aunque esas prendas mojadas tienden

a mostrar sus formas. —Empezó a sonreír de un modo que a Kahlan no le gustó ni un pelo, aun cuando estaba encantada de que la viera—. Tiene una figura imponente —añadió, más para sí que para la Hermana.

La lenta y pormenorizada evaluación hizo que Kahlan se sintiera desnuda. A medida que su mirada vagaba por ella, el hombre se limpiaba la comisura de la boca con un pulgar, y ella pudo oír como éste se raspaba la barba. Uno de los trozos de madera de la chimenea prendió, iluminando más la habitación con su titilante resplandor y permitiendo al hombre ver aún más. Su mirada se alzó un poco, y entonces cayó en la cuenta de algo.

—Tiene el pelo tan largo como...

La sonrisa obscena de Orlan se evaporó.

Pestañeó sorprendido, y los ojos se abrieron de par en par.

—Queridos espíritus —musitó al mismo tiempo que el rostro se tornaba ceniciento, y doblaba una rodilla en tierra—. Perdonadme —dijo, dirigiéndose a Kahlan—. No reconocí...

Un chasquido resonó en la habitación al golpearle la hermana Ulicia en la cabeza con la vara de roble, haciéndole doblar ambas rodillas.

—¡Silencio!

—¿¡Qué os pasa!?! —exclamó la esposa del hombre mientras se precipitaba al lado de su esposo.

Se acuclilló, rodeándole con un brazo para sostenerlo mientras él gemía y colocaba una mano enorme sobre la herida de la cabeza. Su pelo, del color de la arena, se tornó oscuro y húmedo bajo los dedos.

—¡Estáis locas! —Acunó la cabeza de su esposo contra el pecho, donde una mancha roja creció sobre el camisón; el hombre parecía haber perdido el sentido—. ¡A menos que viajéis en compañía de un espíritu, sólo sois tres! Cómo os atrevéis...

—Silencio —masculló la hermana Ulicia de un modo que provocó en Kahlan un gélido estremecimiento e hizo que la boca de la mujer se cerrara de golpe.

La lluvia tamborileaba en la ventana mientras a lo lejos el retumbar de un trueno recorría las arboladas colinas. Kahlan podía oír el letrero chirriando mientras se columpiaba a un lado y a otro cada vez que soplabla el viento. Dentro de la casa se había hecho un silencio sepulcral. La hermana Ulicia echó una mirada a la niña, ahora al pie de la escalera, donde permanecía inmóvil, aferrando el sencillo poste de madera.

La Hermana clavó en la niña una mirada iracunda que únicamente una hechicera de un humor de perros era capaz de conseguir.

—¿Cuántos visitantes ves?

La muchacha permaneció con los ojos abiertos como platos, demasiado asustada para hablar.

—¿Cuántos? —volvió a preguntar la hermana Ulicia, en esta ocasión con los dientes apretados, en una voz tan amenazadora que hizo que la niña aferrara con más fuerza el poste de la escalera hasta que sus dedos resaltaron, blancos, en la oscura madera.

La jovencita finalmente respondió con una voz sumisa.

—Tres.

La hermana Armina, que parecía a punto de estallar como un trueno, se inclinó hacia su compañera.

—Ulicia, ¿qué sucede? Se supone que esto no es posible. No es posible en absoluto. Lanzamos las redes de verificación.

—Exteriores —la corrigió la hermana Cecilia.

La hermana Armina miró a la mujer de más edad parpadeando.

—¿Qué?

—Únicamente lanzamos redes de verificación exteriores. No llevamos a cabo una revisión interior.

—¿Te has vuelto loca? —soltó la hermana Armina—. ¡En primer lugar no es necesario y en segundo lugar quién sería tan estúpido para ser la persona que llevase a cabo un análisis de una red de verificación desde una perspectiva interior! ¡Nadie hace nunca algo así! ¡No es necesario!

—Sólo digo...

Con una mirada fulminante, la hermana Ulicia acalló a ambas. La hermana Cecilia, con los mojados rizos pegados al cuero cabelludo, dio la impresión de ir a finalizar su queja, pero decidió permanecer callada.

Orlan parecía estarse recuperando, se había apartado del abrazo de su esposa y empezaba a ponerse en pie, tambaleante. Le corría sangre por la frente y a ambos lados de la ancha nariz.

—Si yo fuera tú, posadero —dijo la hermana Ulicia, devolviendo la atención a él—, permanecería de rodillas.

La amenaza le hizo detenerse sólo un momento. Estaba furioso mientras se alzaba en toda su estatura. Su espalda se irguió, su pecho se expandió y sus puños se tensaron. Kahlan pudo darse cuenta de que su furia podía más que su prudencia.

La hermana Ulicia indicó con su vara que quería que Kahlan retrocediese. Ésta, haciendo caso omiso de la indicación, se acercó más a la mujer, esperando cambiar el curso de los acontecimientos antes de que fuese demasiado tarde.

—Por favor, hermana Ulicia, él responderá a vuestras preguntas... sé que lo hará. Dejadlo en paz.

Las tres Hermanas dirigieron miradas de desagradable sorpresa a Kahlan. No se le había hablado, ni pedido que hablase. Tal insolencia le saldría cara, ella lo sabía, pero también sabía lo que era probable que le sucediera al hombre, y le parecía que ella era la única que podía cambiar su destino.

Además, Kahlan sabía que ésta era su única oportunidad de descubrir algo sobre sí misma... de quizá descubrir quién era en realidad y tal vez incluso por qué podía recordar tan sólo las partes más recientes de su vida. Estaba claro que el hombre la había reconocido, y podría muy bien ser él la clave que podía revelar su pasado perdido. No se atrevía a dejar escapar la oportunidad... aun cuando tuviese que arriesgarse a padecer la cólera de las Hermanas.

Antes de que las Hermanas tuviesen ocasión de decir nada, Kahlan se dirigió al hombre.

—Por favor, maese Orlan, escuchad un momento. Buscamos a una mujer mayor llamada Tovi. Tenía que encontrarse con estas mujeres de aquí. Nos retrasamos, así que ella debería de estar ya aquí, esperándonos. Por favor, responded a sus preguntas sobre su amiga. Esto podría quedar resuelto rápidamente si corrieseis escaleras arriba y les trajeseis a Tovi. Luego, como esta tormenta pasajera, no tardaremos en desaparecer de vuestras vidas.

El hombre inclinó la cabeza reverentemente, como si una reina le hubiese pedido su ayuda. Kahlan no sólo se sintió sorprendida, sino perpleja ante tal acto de deferencia.

—Pero no tenemos un huésped llamado Tovi, Mad...

La habitación se iluminó con un fogonazo cegador... un relámpago que no se parecía a ninguno de los de la tormenta que rugía fuera. La retorcida sogas de calor líquido y luz que llameó desde las manos de la hermana Ulicia estalló sobre el pecho de Orlan antes de que éste pudiese finalizar el título que estaba a punto de usar. La vibrante sacudida producto de estar tan cerca de la explosiva detonación de un poder tan atronador martilleó en lo más profundo del pecho de Kahlan. El impacto arrojó a Orlan hacia atrás, haciendo que chocara contra una mesa y ambos bancos, aplastándolo contra la pared. El mortífero contacto con tal poder casi había partido en dos al hombre, y se elevaba una espiral de humo de lo que quedaba de su camisa. Un reluciente manchurrón escarlata señalaba la pared contra la que había golpeado antes de desplomarse al suelo.

Como consecuencia de la ensordecedora explosión, a Kahlan le zumbaron los oídos.

Emmy, con los ojos abiertos de par en par por el acontecimiento que

en un instante había alterado para siempre el curso de su vida, gimió «¡No!».

Kahlan se llevó una mano a la boca y la nariz, no sólo en un gesto de repugnancia, sino para tapan el olor de la sangre y el hedor de la carne quemada. El farol que había estado sobre la mesa había sido arrojado al suelo y se había apagado, dejando la habitación en su mayor parte a las oscilantes sombras que proyectaba el fuego en el hogar.

De no haber sido ya una noche repleta de truenos y rayos, una explosión de aquel calibre sin duda habría despertado a todos los vecinos.

Las escudillas de madera que Emmy había estado sosteniendo repiquetearon sobre el suelo y rodaron. La mujer chilló horrorizada y corrió hacia su esposo.

La hermana Ulicia se desquició. Hecha una furia, interceptó a Emmy antes de que pudiese llegar junto a su esposo muerto.

—¿Dónde está Tovi? —gritó la hermana Ulicia, estrellando a la mujer contra la pared—. ¡Quiero respuestas y las quiero ahora mismo!

Kahlan vio que la Hermana empuñaba su dacta. La sencilla arma no parecía más que un mango de cuchillo con una varilla de metal afilada en lugar de cuchilla. Las tres Hermanas llevaban todas un dacta. Kahlan les había visto usar aquellas armas cuando habían encontrado exploradores de la Orden Imperial y sabía que una vez que el dacta había pinchado a una víctima, sin importar la poca importancia de la penetración, sólo era necesario un pensamiento por parte de la Hermana para matar a la víctima. Con el dacta no era la herida misma la que mataba, sino más bien la Hermana quien, mediante el arma, extinguía la chispa vital. Si la Hermana no retiraba el arma, junto con su intención de matar, no existía defensa, y ninguna posibilidad de salvación.

Un fogonazo de un relámpago iluminó la habitación a través de las estrechas ventanas que había junto a la puerta, arrojando largos picos de sombras por la habitación y contra las paredes mientras dos Hermanas agarraban a la aterrorizada mujer. Mientras la ráfaga del relámpago finalizaba y un oscuro manto descendía sobre la habitación, la tercera Hermana corrió escaleras arriba.

Kahlan fue directa hacia la niña.

Mientras ésta corría en dirección a su madre, Kahlan la interceptó, pasándole un brazo alrededor de la cintura y reteniéndola. Los ojos de la criatura se abrieron de par en par llenos de miedo, la mente incapaz de mantener el recuerdo de Kahlan ni siquiera el tiempo suficiente para ser consciente de quién o qué la había agarrado... Mucho peor, no obstante, era que acababa de ver cómo mataban a su padre, y Kahlan sabía que la niña jamás sería capaz de olvidar una visión tan terrible.

Por encima del constante golpeteo de la lluvia y el viento, Kahlan oyó las pisadas de la Hermana que estaba arriba, corriendo por el pasillo. La mujer efectuaba pausas intermitentes, deteniéndose ante cada habitación para abrir de golpe la puerta. Cualquier huésped al que hubiese despertado el alboroto, y osara abandonar su cuarto para salir al oscuro pasillo, estaba a punto de encontrarse cara a cara con una Hermana de las Tinieblas dispuesta a destruirlo todo. Aquellos que siguiesen dormidos tras las puertas no correrían mejor suerte.

Emmy gritó de dolor. Kahlan sabía por qué.

—¿Dónde está! —chilló la hermana Ulicia a la mujer—. ¿Dónde está Tovi?

Emmy gritó de dolor, suplicando que no hiciesen daño a su hija.

Kahlan sabía que era un grave error revelar a un enemigo aquello que más temías.

En aquel caso, no obstante, supuso que tal información era irrelevante; no sólo resultaba muy claro lo que una madre temería, sino que las Hermanas ya contaban con tal ventaja. Ver a su madre aterrorizada sólo estaba sirviendo para asustar mucho más a la pequeña. Ésta forcejeaba vigorosamente, pero a pesar de sus frenéticos esfuerzos, una niña tan desgada no era rival para Kahlan.

Sujetando a la jovencita con fuerza, Kahlan tiró de ella hacia atrás, a través de la entrada que había junto a la escalera y al interior de la oscura habitación situada al otro lado. A la luz de los fogonazos de los relámpagos que penetraba por una ventana en la parte trasera, Kahlan vio que era una cocina con una despensa.

La niña gritaba presa de un pánico delirante.

—Tranquila —susurró Kahlan al oído de la jovencita, a la vez que la sujetaba con fuerza, intentando calmarla—. Te protegeré. Tranquila.

Kahlan sabía que era una mentira, pero no podía decirle la verdad.

La chiquilla toqueteó los brazos de Kahlan. Debía de darle la impresión de que la sujetaba un espíritu que la agarraba desde el inframundo. Incluso aunque viera a Kahlan, ésta sabía que la niña la olvidaría antes de que su mente pudiera transformar la percepción en cognición. Asimismo, las palabras de consuelo de Kahlan se evaporarían de la memoria de la pequeña antes de que pudiera comprenderlas; al instante siguiente de haberla visto, nadie recordaba nunca a Kahlan.

Excepto Orlan. Y ahora estaba muerto.

Kahlan abrazó con fuerza a la aterrada niña. No sabía si lo hacía por ella misma o por la pequeña. En aquel momento, mantener a la niña lejos del terror de lo que les estaba sucediendo a sus padres era todo lo que Kahlan podía hacer. La niña se revolvía como loca en sus brazos,

intentando escabullirse, como si la sujetase un monstruo dispuesto a cometer un sangriento asesinato. Kahlan odiaba aumentar el terror de la pequeña, pero permitirle escapar a la otra habitación sería peor.

Volvió a centellear un relámpago, lo que hizo que Kahlan mirase a la ventana. Ésta era lo bastante grande como para que pasara por ella. Estaba oscuro fuera, y el espeso bosque se hallaba muy pegado a los edificios. Tenía unas piernas largas; era fuerte y veloz, y sabía que podía, en pocos instantes, atravesar la ventana y hallarse en el interior del bosque.

Pero había intentado escapar de las Hermanas antes y sabía que ni la noche ni el bosque podían ocultarla a mujeres con talentos tan siniestros. Arrodillada allí, con los brazos sujetando a la niña, Kahlan empezó a temblar. La simple perspectiva de un intento de huida era suficiente para que la frente se le cubriera de gotas de sudor por temor a que tal idea liberara en su interior las restricciones allí insertadas. La cabeza le dio vueltas vertiginosamente con el recuerdo de pasados intentos, con recuerdos del insoportable dolor; no podía aguantar tal dolor otra vez... y menos cuando no serviría de nada. Escapar de las Hermanas era imposible.

Cuando alzó la mirada, vio la figura oscura de una Hermana descendiendo la escalera.

—Ulicia —dijo la hermana Cecilia—. Las habitaciones de arriba están todas vacías. No hay huéspedes.

En la habitación delantera, la hermana Ulicia gruñó una siniestra imprecación.

La sombra de la hermana Cecilia abandonó la escalera para ocupar la entrada, como si la misma muerte volviera su mirada fulminante sobre los vivos. Más allá, Emmy gimió y lloró. En su confusión, pena, dolor y terror era incapaz de responder a las preguntas que le gritaba la hermana Ulicia.

—¿Quieres que tu madre muera? —preguntó la hermana Cecilia desde la entrada con aquella voz suya tan sosegada.

No era menos cruel o peligrosa que la hermana Armina o la hermana Ulicia, pero tenía un modo sereno de hablar que de algún modo era más aterrador que los chillidos de la hermana Ulicia. Las claras amenazas de la hermana Armina eran simples y sinceras pero pronunciadas con un poco más de bilis. La hermana Tovi mostraba una especie de regocijo morboso en su modo de abordar la disciplina e incluso la tortura. No obstante, cuando alguna de ellas quería algo, Kahlan hacía tiempo que había aprendido que negárselo no acarrearía más que un padecimiento casi inimaginable, y al final obtendrían lo que habían querido en un principio.

—¿Lo quieres? —repitió la hermana Cecilia con tranquilidad.

—Respóndele —musitó Kahlan al oído de la niña—. Por favor, responde a sus preguntas. Por favor.

—No —consiguió decir la niña.

—Entonces dínos dónde está Tovi.

En la habitación detrás de la hermana Cecilia, la madre de la niña jadeó con un violento estertor y luego calló. Kahlan oyó el golpear de sus huesos cuando la mujer chocó con el suelo de madera. La casa quedó en silencio.

Saliendo de la tenue y titilante luz del otro lado de la entrada, otras dos sombras se acercaron majestuosamente hasta quedar detrás de la hermana Cecilia. Kahlan supo que Emmy ya no respondería a más preguntas.

La hermana Cecilia penetró en la cocina, quedando más cerca de la niña que Kahlan sujetaba con fuerza entre los brazos.

—Las habitaciones están todas vacías. ¿Por qué no hay huéspedes en vuestra posada?

—No ha venido ninguno —consiguió decir la niña a la vez que temblaba—. La noticia de la presencia de los invasores procedentes del Viejo Mundo ha ahuyentado a la gente.

Kahlan sabía que aquello tenía sentido. Tras abandonar el Palacio del Pueblo en D'Hara y viajar a toda velocidad al sur, en su mayor parte en una pequeña embarcación fluvial, todavía habían encontrado destacamentos de tropas del emperador Jagang en más de una ocasión, o pasado por asentamientos ribereños en los que habían estado aquellos animales. La noticia de tales atrocidades se habría extendido como un mal viento.

—¿Dónde está Tovi? —preguntó la hermana Cecilia.

Sujetando a la niña, con gesto protector, Kahlan las contempló desafiante.

—¡Es sólo una niña! ¡Dejadla en paz!

Sintió una violenta sacudida de dolor; fue como si le hubiesen desgarrado cada fibra de cada músculo. Por un instante, no supo dónde estaba ni qué sucedía. La habitación dio vueltas. Pucheros, sartenes y utensilios cayeron en cascada, rebotando y tintineando por el suelo de madera. Platos y vasos se hicieron añicos al caer estrepitosamente.

Kahlan cayó de bruces al suelo. Fragmentos de cerámica le acuchillaron las palmas al intentar detener su caída. Cuando sintió el extremo de algo afilado como una cuchilla presionando contra su lengua, comprendió que una esquirla le había perforado la mejilla. Cerró con fuerza la mandíbula, partiendo el cristal entre los dientes para que no le rajara

la lengua y, con un gran esfuerzo, consiguió escupir el pedazo de cristal ensangrentado y afilado como una daga.

Quedó tumbada cuan larga era sobre el suelo, aturdida, incapaz de recuperar por completo el sentido. De su garganta escaparon gruñidos mientras intentaba infructuosamente moverse. Descubrió que, a medida que aquellos sonidos escapaban, era incapaz de tomar aire. Cada soplo de aire que salía de sus pulmones era un soplo de aire que perdía. Sus músculos se esforzaron por volver a llevar el aliento a los pulmones, pero el dolor que le alanceaba la cintura era paralizante.

Jadeó llena de desesperación, consiguiendo por fin inhalar una apremiante bocanada. Escupió más sangre y esquiras de cristal. Empezaba a sentir ya la punzada de dolor procedente de un fragmento incrustado aún en la mejilla. Kahlan parecía incapaz de hacer que sus brazos se moviesen, de izarse del suelo y mucho menos de alzar la mano para extraer el pequeño fragmento de cristal.

Levantó la vista para mirar arriba. Pudo distinguir las formas oscuras de las Hermanas acercándose para rodear a la niña. La levantaron y la empujaron contra una pesada mesa de trincar de madera situada en el centro de la cocina. Una Hermana le sujetaba cada brazo mientras la hermana Ulicia se acucillaba ante la niña para encontrarse con su mirada aterrada.

—¿Sabes quién es Tovi?

—¡La anciana! —gritó la niña—. ¡La anciana!

—Sí, la anciana. ¿Qué más sabes sobre ella?

La niña tragó aire, casi incapaz de pronunciar las palabras.

—Grande. Era grande. Vieja y grande. Era demasiado grande para poder andar bien.

La hermana Ulicia se inclinó más cerca, agarrando el delgado cuello de la niña.

—¿Dónde está? ¿Por qué no está aquí? Tenía que reunirse con nosotras aquí. ¿Por qué se ha ido?

—¡No está! —chilló la niña—. ¡Se ha ido!

—¿Por qué? ¿Cuándo estuvo aquí? ¿Cuándo se fue? ¿Por qué se fue?

—Hace unos días. Estuvo aquí. Se alojó con nosotros un tiempo. Pero se marchó hace pocos días.

La hermana Ulicia, con un grito de cólera, levantó a la niña y la arrojó contra la pared. Usando todas sus fuerzas, Kahlan se alzó con gran dificultad sobre manos y rodillas. La niña se estrelló contra el suelo. Kahlan gateó por el suelo, a través de esquiras de cristal y cerámica, y se arrojó sobre el cuerpo de la niña para protegerla. La pequeña, no sabiendo qué sucedía, chilló aún más.

Unas pisadas fueron hacia ella. Kahlan vio una cuchilla de carnicero caída en el suelo, a poca distancia. La niña chilló y forcejeó para escapar, pero Kahlan la mantuvo contra el suelo para resguardarla.

Al mismo tiempo que las sombras de la mujer se acercaban más, los dedos de Kahlan se cerraron alrededor del mango de madera de la cuchilla. No pensaba, simplemente actuaba: amenaza... arma... Casi era como contemplar a otra persona haciéndolo.

Pero experimentó una profunda satisfacción interior al tener un arma en la mano. Su puño se cerró alrededor del mango manchado de sangre. Un arma era vida. Centellearon relámpagos en el acero.

Cuando las mujeres estuvieron lo bastante cerca, Kahlan alzó de repente el brazo para atacar, pero entonces sintió un golpe devastador, como si la hubiese embestido el extremo de un leño. La potencia del golpe la lanzó a través de la habitación.

El impacto contra la pared la aturdió. Parecía como si la habitación estuviese muy lejos, al otro extremo de un largo túnel oscuro. El dolor la inundó. Intentó alzar la cabeza, pero no pudo. La oscuridad la arrastró.

Cuando Kahlan abrió los ojos, vio a la niña encogiéndose ante las Hermanas a medida que éstas se erguían imponentes por encima de ella.

—No lo sé —decía—. No sé por qué se fue. Dijo que tenía que ponerse en camino hacia Caska.

El silencio se adueñó de la habitación.

—¿Caska? —preguntó por fin la hermana Armina.

—Sí, eso es lo que dijo. Tenía que llegar a Caska.

—¿Llevaba alguna cosa con ella?

—¿Con ella? —lloriqueó la niña, todavía temblando—. No comprendo. ¿Qué queréis decir, con ella?

—¡Con ella! —chilló la hermana Ulicia—. ¡Qué llevaba con ella! Tenía que transportar cosas... una mochila, un odre de agua. Pero tenía otras cosas. ¿Viste alguna de las otras cosas que llevaba con ella?

Cuando la niña vaciló, la hermana Ulicia la abofeteó con tal fuerza que se le aflojaron los dientes.

—¿Viste si llevaba algo con ella?

Un largo hilillo de sangre procedente de la nariz de la niña descansaba sobre la mejilla de ésta.

—Cuando cenaba una noche, fui a llevarle toallas limpias y vi algo en su habitación. Algo extraño.

La hermana Cecilia se inclinó hacia ella.

—¿Extraño? ¿Como qué?

—Era, era como una... una caja. La tenía envuelta en un vestido blanco, pero el vestido era suave como la seda y había resbalado en par-

te fuera de la caja. Era como una caja... toda negra. Pero no negra como pintura. Era negra como la noche misma. Negra como si pudiese quitarle la luz directamente al día.

Las tres Hermanas se irguieron y permanecieron de pie en silencio.

Kahlan sabía exactamente de qué hablaba la niña. Kahlan había entrado y cogido aquellas tres cajas del Jardín de la Vida del Palacio del Pueblo; del palacio de lord Rahl.

Cuando había sacado la primera, la hermana Ulicia se había enfurecido con Kahlan por no sacar las tres a la vez, pero eran más grandes de lo que suponían y no tenía espacio suficiente para ocultarlas todas en su mochila, así que Kahlan había sacado sólo una al principio. La hermana Ulicia había envuelto aquella cosa repugnante en el vestido blanco de Kahlan y se la había entregado a Tovi, diciéndole que se apresurase y se pusiera en camino, que ya se reunirían todas más tarde.

—¿Por qué iba Tovi a Caska? —preguntó la hermana Ulicia.

—No lo sé —lloró la niña—. No lo sé, juro que no lo sé. Únicamente, sé que le oí decir a mis padres que tenía que dirigirse a Caska. Se marchó hace unos cuantos días.

En el silencio, tumbada en el suelo, Kahlan pugnó por respirar. Cada inhalación le provocaba atroces punzadas en las costillas, y sabía que eso sólo iba a ser el principio. Cuando las Hermanas terminaran con la niña, dirigirían su atención hacia ella.

—Quizá sería mejor que durmiésemos un poco a cubierto —sugirió finalmente la hermana Armina—. Podemos ponernos en marcha temprano.

La hermana Ulicia, con el puño que sujetaba el dakra sobre la cadera, paseó de un lado a otro, entre la niña y la mesa de trincar, pensando. Fragmentos de cerámica crujieron bajo sus botas.

—No —dijo a la vez que se volvía hacia las demás—. Algo no va bien.

—¿Te refieres a la configuración del hechizo? ¿Lo dices por el hombre? La hermana Ulicia agitó una mano desdeñosamente.

—Una anomalía. Nada más. No, algo no va bien. ¿Por qué se iría Tovi? Tenía instrucciones explícitas de encontrarse con nosotras aquí. Y estaba aquí... pero se fue. No había otros huéspedes, ni tropas de la Orden Imperial en la zona, sabía que veníamos de camino y, sin embargo, se fue. No tiene sentido.

—¿Y por qué a Caska? —preguntó la hermana Cecilia—. ¿Por qué se dirigiría a Caska?

La hermana Ulicia se volvió de nuevo hacia la niña.

—¿Quién visitó a Tovi mientras estaba aquí? ¿Quién vino a verla?

—Ya os lo dije, nadie. Nadie en absoluto vino aquí mientras la anciana se hospedaba con nosotros. No tuvimos otros visitantes ni huéspedes. Era la única que estaba aquí.

La hermana Ulicia reanudó su deambular.

—No me gusta. Algo no encaja, pero no puedo decir el qué.

—Estoy de acuerdo —dijo la hermana Cecilia—. Tovi no se iría por las buenas.

—Y, sin embargo, lo hizo. ¿Por qué? —La hermana Ulicia fue a detenerse ante la niña—. ¿Dijo alguna cosa más, o dejó un mensaje... quizá una carta?

La niña, sorbiendo un sollozo, negó con la cabeza.

—No tenemos elección —refunfuñó la hermana Ulicia—. Vamos a tener que seguir a Tovi a Caska.

La hermana Armina hizo una seña en dirección a la puerta.

—¿Esta noche? ¿Bajo la lluvia? ¿No crees que deberíamos aguardar hasta la mañana?

La hermana Ulicia, absorta en sus pensamientos, alzó los ojos hacia la mujer.

—¿Y si aparece alguien? No necesitamos más complicaciones si queremos llevar a cabo nuestra tarea. No nos conviene que Jagang o sus tropas se huelan que estamos por aquí. Es necesario que lleguemos hasta Tovi y que consigamos esa caja; todas sabemos lo que está en juego. —Calibró las expresiones solemnes de ambas mujeres antes de seguir adelante—. Lo que no necesitamos son testigos que puedan informar de que estuvimos aquí y de lo que buscamos.

Kahlan sabía perfectamente adónde quería llegar la hermana Ulicia.

—Por favor —consiguió decir mientras se izaba sobre sus brazos temblorosos—, por favor, dejadla estar. Es sólo una niña. No sabe nada que tenga ningún valor para nadie.

—Sabe que Tovi estuvo aquí. Sabe lo que Tovi llevaba con ella. —El entrecejo de la hermana Ulicia se frunció—. Sabe que hemos estado aquí buscándola.

Kahlan pugnó por dar fuerza a su voz.

—No es nada para vosotras. Sois hechiceras. Ella no es más que una criatura. No puede haceros ningún daño.

La hermana Ulicia dirigió una breve ojeada a la niña, volviendo la cabeza.

—También sabe adónde vamos.

La mujer miró al interior de los ojos de Kahlan. Sin volverse hacia la niña que tenía detrás, y con repentina fuerza, echó hacia atrás el dagra y se lo clavó a la chiquilla en el estómago.

La niña exhaló un jadeo.

Todavía mirando fijamente a Kahlan, la hermana Ulicia sonrió como únicamente podía sonreír el mal. Kahlan pensó que aquello debía de ser como mirar al interior de los ojos del Custodio de los Muertos en su guarida, en las profundidades más oscuras de la eternidad del inframundo.

La hermana Ulicia enarcó una ceja.

—No tengo intención de dejar ningún cabo suelto.

Pareció centellear luz desde el interior de los ojos abiertos como platos de la niña, y ésta se quedó flácida y cayó pesadamente al suelo. Sus brazos quedaron desmadejados en extraños ángulos. Su mirada sin vida estaba clavada en Kahlan, como para censurarla por no mantener su palabra.

Su promesa a la niña—«te protegeré»— resonó en la mente de Kahlan.

Lanzó un grito de impotente furia a la vez que golpeaba el suelo con los puños.

Y luego volvió a gritar al ser arrojada hacia atrás, contra la pared. En lugar de estrellarse contra el suelo, permaneció pegada allí como si la sujetara una fuerza enorme. Esa fuerza, lo sabía, era la magia.

No podía respirar. Una de las Hermanas usaba su poder para oprimirle la garganta. Kahlan hizo un esfuerzo supremo, intentando conseguir aire, a la vez que arañaba el collar de hierro que le rodeaba el cuello.

La hermana Ulicia se aproximó y acercó el rostro al de Kahlan.

—Hoy has tenido suerte —dijo con voz ponzoñosa—. No tenemos tiempo para hacerte lamentar tu desobediencia... por ahora. Pero no creas que esto va a quedar así y que no vas a sufrir las consecuencias de tus actos.

—No, Hermana —consiguió decir Kahlan con gran esfuerzo; sabía que no responder sólo serviría para empeorar las cosas.

—Imagino que eres demasiado estúpida para comprender lo insignificante e impotente que eres ante a tus superiores. A lo mejor cuando se te dé otra lección, incluso alguien tan humilde e ignorante como tú lo comprenderá.

—Sí, Hermana.

Aun cuando sabía muy bien lo que le harían soportar para darle esa lección, Kahlan habría vuelto a hacer lo mismo. Únicamente lamentaba no haber podido proteger a la niña, como había prometido. El día que había sacado aquellas tres cajas del palacio de lord Rahl, había dejado en su lugar su posesión más preciada: una estatuilla de una mujer orgullosa, con los puños a los costados, la espalda arqueada y la cabeza echada hacia atrás, como si se enfrentara a fuerzas que querían sojuzgarla, pero no podían.

Kahlan había cobrado fuerzas aquel día en el palacio de Richard Rahl. De pie en el jardín, mirando atrás, a la orgullosa estatua que había tenido que abandonar allí, Kahlan había jurado que recuperaría su vida. Recuperar su vida significaba pelear por la vida, incluso por la vida de una niña que no conocía.

—Vamos —refunfuñó la hermana Ulicia mientras iba hacia la puerta, esperando que todas la siguieran.

Las botas de Kahlan golpearon sordamente el suelo cuando la fuerza que la presionaba contra la pared la soltó de improviso.

Cayó de rodillas, y se acarició la garganta con las ensangrentadas manos mientras respiraba con dificultad. Los dedos encontraron el odiado collar mediante el cual las Hermanas la controlaban.

—Muévete —le ordenó la hermana Cecilia en un tono que hizo que Kahlan se levantara apresuradamente.

Echó una ojeada atrás y vio los ojos muertos de la pobre niña mirándola con fijeza, observándola marchar.